

ENCUENTRO

Clara Isabel Maldonado

–“Está linda la noche”... –Pensó, para sí misma, para tratar de convencerse de que así era, de que aquel nudo estrecho en la boca del estómago era pasajero. Respiró profundo, y continuó su camino sin rumbo. No sabía hacia donde estaba caminando; sólo se deslizaba hacia adelante, adelante, para ver donde acababa el mundo. El cielo estaba lleno de estrellas, la luna creciente; ni una sola nube, y ni siquiera hacía frío. Sólo esa brisa traviesa, que no era razón suficiente para echar a perder aquella noche. Sin embargo...¿Por qué esa sensación tan angustiada en el pecho?

Miraba alrededor, ávidamente, buscando alguna cara conocida, o, al menos, ligeramente conocida; si tan sólo pudiera encontrar a alguien, no importaba quien fuera, que tuviera quince minutos para ella, le invitaría a tomar un café o un jugo –una o dos copas de vino–, para conversar un poco...pero no, no encontraba a nadie, y ella se sentía tan absolutamente sola, tan extraña, como si avanzara sobre una nube; mirando a los demás, a ese torrente de gentes sin nombres y sin rostros, flotando por debajo. ¿Por qué? ¿Por qué no sucedía algo?

–Hola... –dijo tímidamente la voz a su lado. Ella lo miró, y ni siquiera se sorprendió al ver a ese desconocido que ahora caminaba junto a ella.

–Hola. –Contestó, naturalmente, resueltamente, clavando su mirada en los ojos de el extraño.

–¿Sabes? Te estuve observando desde hace unos minutos, y...– interrumpió de pronto, y cambiando el tono de voz, dijo atropelladamente –ante todo, no soy un loco, ni un maniático, ni un ladrón, ni un secuestrador...

–No te preocupes– sonrió levemente ella –no pensé en ninguna de esas cosas. –casi añadió: “te vez muy pasivo para cualquiera de ellas” y sonrió una vez más...

–Pues quizás te parezca extraño que me acerque a hablarte, y es que te he venido siguiendo desde que dejaste la universidad, y te observaba; y, no sé por qué, se me ocurrió que estabas sola. No sé si lo estarás, pero pensé que, por lo menos esta noche, estás tan sola como yo.

–Justamente, contestó ella, sorprendida, pero esta vez agradablemente; aquel juego estaba resultando interesante. –ahora, al estar caminando, iba pensando si en algún lugar

del mundo, en esta ciudad, o por este lugar, había una persona, aunque fuera sólo una, que se hallara así de sola como yo. Debería preguntar...¿Cómo lo supiste?

–Es una de esas cosas que, sin ser adivino, sin ser psicólogo, sin ser siquiera un buen observador, se saben...la forma en que buscabas entre la gente, la forma de caminar, de quien no tiene quien lo espera esta noche, no sé, tus ojos.

–Es patético, pero no pensé que se notara tanto...– le hubiera gustado una pequeña lágrima para completar la frase, pero ni eso sucedió.

Sin darse cuenta, ambos caminaban por la zona comercial; la calle llena de avisos luminosos, vendedores ofreciendo a gritos sus productos, y la gente, empujándose al caminar; pero ahora eran los pasos de ambos los que, sin rumbo, seguían hasta tropezar con el azar.

–Está linda la noche ¿no es cierto?– le dijo él, suspirando. De pronto, la miró a los ojos, preguntando: –¿Por qué estás sola?

–Esa ha de ser una respuesta larga ¿no crees? No sé si alguna vez dejamos de estar solos. Estoy sola porque me han lastimado; haber vivido significa haber sido lastimado...y lastimar (¿por qué, por qué este miedo al dolor?)...estoy sola porque él no ha sabido ni ha querido aceptarme como soy; porque no ha tenido siquiera el valor para hablarme de frente lo que sentía, o quizás lo que no sentía, y, simplemente, me ha dejado. Ah...por tantas cosas ¿Y tú? ¿Por qué estás solo?

– ¿Por qué ha de estar solo un hombre? Pues por una mujer. Por una mujer que, en estos momentos y siempre, no está sola. Tiene un compañero, y parece muy feliz. Ojalá, ojalá esto fuera suficiente para hacerme feliz a mí. Pero la verdad es que en el amor somos muy egoístas. Es MI amor, ella es MIA, esta es MI felicidad.

– Bueno, ambos estamos solos. ¿Qué te parece si tomamos un café y nos hacemos terapia mutuamente?: tú hablas, yo escucho. Yo hablo, tú escuchas. A veces esto es realmente bueno...o ¿quieres seguir caminando? mira a donde llegamos.

Miraron por primera vez viendo realmente hasta donde les habían llevado los pasos; ella pocas veces había estado allí de noche; era una plaza llena de luces y personas, más tiendas alrededor, y, al frente, la gran iglesia.

–Entremos a tomar un café – dijo él –yo invito.

Entraron al primer local que se les apareció por delante, sin preguntarse si sería bueno o malo. Eso no importaba.

–¡Ah!– exclamó él, como recordando algo no muy importante – ¿Cómo te llamas?

–¿Es realmente valioso eso? ¿Cómo te llamas, cuántos años tienes, dónde vives, qué haces en la vida?...

– La verdad, es que no.

– Entonces, ponme tú un nombre.

Se habían sentado; él fijó los ojos en una servilleta, mientras pensaba.

–Isabel– dijo –¡No! Julia– rectificó rápidamente. Ella captó la emoción, el desesperado mensaje del primer nombre.

–Yo te bautizo Mauricio– dijo ella, y por primera vez sonrió mostrando los dientes.

–¿Sabes?– le dijo Mauricio –tienes una bonita sonrisa.

–Dos cafés– ordenaba ella, mientras él se preguntaba si lo había escuchado o no. –

Ah, quisiera encontrar en esta tierra un solo corazón que no esté todavía sellado, marcado, reservado... o que quisiera abrirse y atreverse una vez más conmigo, correr este riesgo sin cerrar los caminos antes de haberlos vislumbrado. ¿De qué sirve el éxito, los amigos, el tenerlo todo –supongo, y lo sé por referencias, que debería considerar que lo tengo todo – si no tienes un compañero?...– levantó los ojos, y vió que él la observaba atentamente.

–Necesitas mucho de un compañero, ¿Verdad?

–Sí...– dijo ella, como si dudara.

–No pareces muy segura...

Entonces ella sintió que por fin las lágrimas tan esperadas explotaban en sus ojos.

–¡Sí!¡Sí!¡Sí! ¿Te digo cuánto, cuánto lo necesito? Ah, saber hacer todo, estar en todo...y no tener con quien compartirlo...y él, él que se va, que me deja, sin darme la oportunidad de luchar por su cariño, de tratar un poquito... –en su sollozo, partió la servilleta en dos.

El la escuchaba callado; quería hacer algo, decir algo, limpiar con su pañuelo aquella lágrima, que él mismo quería derramar, pero sus labios estaban sellados, su mano pegada a la mesa.

–Julia... –por fin pudo articular. Ella tardó unos segundos en reconocer su nombre – Julia, no te voy a decir que todo llega a su tiempo, que uno encuentra, que no siempre este tiempo ha de durar, porque esas palabras serían hipócritas y vanas en mis labios, que, en este momento, no creo en nada de eso. Pero te digo que ahora, en este minuto, ninguno de los dos está solo.

–¿Y ella?– le preguntó atreviéndose a decir el nombre, a echar sal en la llaga –ella, Isabel...

–Ella, ella... yo la amaba; mentira, la amo. Pero ella nunca lo supo, por mi cobardía, mi estúpida cobardía, mi temor a ser rechazado (¿Y qué, si ella se lanzaba al mundo conmigo? esa duda seguirá siempre a mi lado) por ello, ella nunca lo supo; ahora está casada, y espera un hijo. Bah, supongo que es ya una historia repetida.

– Y ¿qué es la vida, sino miles de historias repetidas? ¿qué es la misma historia sin nuestra mismas historias repetidas? amores que te dejan, que tú dejas, que te traicionan, que te llenan, que revolucionan, que te dejan vacía... sola; sola, rodeada de gente, pero total, absolutamente sola.

De pronto, levantó los ojos, miró a aquel hombre. Ya maduro; tendría entre treinta y treinta y cinco años, moreno, fornido, solo.

El la miró también. Era una mujer de esas que no tiene edad; al mirarla, era imposible decir si tenía diecinueve o veinticinco, hasta veintinueve años... el pelo muy corto, y sus ojos, grandes, hermosos, reflejando hasta el más íntimo de sus sentimientos. Se encontraron así, mirándose sin darse cuenta; habían estado varios minutos en silencio, observándose uno al otro. Pero no bajaron los ojos. Fue ella quien sonrió primero; luego él.

– Bueno, ¿te has dado cuenta de lo que hemos hecho? –preguntó ella –aquí estamos, en una calle que no conocemos, a una hora que no sabemos cual es, en un local en el que nunca hemos estado, tomando un café que ni siquiera es bueno, cada cual con alguien al que ni por casualidad ha visto antes, y parecemos conocidos de toda la vida, en un local familiar, tomando un café casero... –extendió la mano y la puso sobre la de él– tú tampoco estás solo, Mauricio.

El apretó su mano blanca, y, metiendo la otra mano en el bolsillo, buscó algo; lo único que encontró fue aquel encendedor, grabado, que decía “recuerdo de Venecia” o algo parecido.

–Toma... –le dijo, dándoselo –no sé si tú fumas o no, pero cada vez que mires este encendedor, que tiene un gran significado para mí, acuérdate de que no estás sola.

Ella lo tomó, sonriendo, y buscó algo para darle a su vez. Al no encontrar nada, se sacó el prendedor del abrigo; lo volvió a colocar, y con un gesto nervioso, lo sacó al fin. Era una mariposita azul y brillante.

–Esto también es muy valioso para mí, pero quiero que tú lo tengas. Nada ha de ser más valioso que eso. ¿Sabes? me siento mucho mejor. ¿Y tú?

-Yo también -dijo, estrechando la mano de ella que seguía entre las suyas, y, animándose por fin, le dio un beso en el dorso.

Acabaron el café y salieron, abrazados. Allí en la puerta, se despidieron, quizás para siempre.

-Simplemente, gracias. Y deseo, con todo el corazón, de verdad, que seas feliz.

-Gracias a ti, Julia. Aunque sea por estos minutos solamente, es gracioso, pero te quiero. También deseo que seas feliz.

Ella tomó un taxi hacia su casa, él reanudó el camino. No quedó entre ellos ni la promesa, quizás falsa, de verse otra vez, ni se pidieron sus teléfonos para encontrarse algún día a ahogar las soledades en una taza de café. Solamente un gracias.

Ella ya no se sentía vacía; encontró, por lo menos aquella noche, un nuevo color en las luces de la calle, en la voz de la gente en el taxi, en los árboles, en la luna. El, caminando, ya no arrastraba los pies desgastados, sino que casi corría, hallando algo nuevo en cada edificio, en cada ventana. Y, en algún momento, ambos pensaron al mismo tiempo:

-“Ah, está linda esta noche...”